



Óscar Wilde (1854-1900)

Oscar Wilde (1854-1900)

■ Nota de la Redacción

■ William Wills-Wilde, bibliófilo, escritor y prestigioso cirujano de ojos y oído procedente de Inglaterra, se estableció en Dublín hacia 1845. Allí contrajo matrimonio en 1851 con Joanna Francesca Elgee, activista política, poeta, feminista y periodista con delirios de grandeza que decía contar entre sus antecesores nada menos que con Dante. Tuvieron tres hijos: William, Óscar e Isola Francesca, que falleció a los nueve años.

Óscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde vino al mundo en la capital de Irlanda el 16 de octubre de 1854 en plena era victoriana (1837-1901). Parece ser que su poco sensata madre, ansiosa de tener una hija, cuando era pequeño acostumbró a dejarle melena y ponerle ropa de niña, y después vestirle con trajes elegantes y de colores llamativos, algo que, además de «distinguirle» desde muy pronto, debió influir en su carácter.

El pequeño Wilde fue educado en el domicilio familiar hasta los 10 años, donde aprendió francés con una institutriz, y en 1864 se incorporó como alumno interno a la prestigiosa Portora Royal School, en Enniskillen, oeste de Irlanda del Norte. Allí permaneció hasta 1871 y de entonces data su primera semblanza, que debemos a su profesor Sir Edgard Sullivan: «Conocí a Oscar Wilde en 1868. Tenía unos 13 o 14 años y uno de sus rasgos más llamativos era su lacia melena rubia, muy crecida. Tenía un carácter infantil, inquieto, casi revoltoso... Era un excelente conversador, su capacidad descriptiva era muy superior a lo habitual y sus exageraciones humorísticas de los sucesos del Colegio eran muy divertidas. No participaba en juegos ni deportes y jamás se interesó por las matemáticas ni las ciencias. Los clásicos absorbían casi por entero su atención y la fluida belleza de sus traducciones era algo que no se olvida fácilmente... En aquellos días infantiles predominaba en él la imaginación...».

Lector empedernido, a los 17 años fue premiado con la Royal School Scholarship, beca para estudiar en el Trinity College de Dublín, a donde fue en 1871 y donde coincidió con otro futuro ilustre literato irlandés: Bram Stoker (1847-1912). Por cierto, éste, bastante antes de publicar su famosa novela *Drácula* (1897), le *birló* a Wilde su primera novia.



Oscar Wilde (1882) reclinado y mostrando su obra *Poems* (1881). Foto tomada en Nueva York por el litógrafo y fotógrafo estadounidense Napoleon Sarony (1821-1896) (cortesía de Wikimedia Commons).

En *Kottabos*, la revista del Trinity, Wilde publicó sus primeros poemas y allí fue galardonado con la preciada Medalla de oro Berkeley por sus traducciones del griego clásico. Esa brillantez le llevó a ser becado en Oxford, ingresando en el Magdalen College en 1874. En tan noble centro, de cuyas aulas con el devenir del tiempo saldrían nueve premios Nobel hasta la fecha, tuvo una conducta tan destacada como extravagante.

Su padre murió en 1876 y, gracias a la herencia recibida, viajó a principios de 1877 a Grecia y Roma, donde visitó emocionado la tumba de Keats y se interesó por el arte sacro y la liturgia católica, algo denostado en la anglicana Oxford. Se retrasó dos días para los exámenes de primavera, buena disculpa para ser expulsado durante dos trimestres, período que pasó en Londres. «Fui expulsado temporalmente por haber sido el primer estudiante que visitó Olimpia», escribió. Parece ser que fue en Londres donde atrapó la sífilis y recibió tratamiento con derivados del mercurio. Ello no impidió que su poema *Ravenna*, (que arranca: *A year ago I breathed the Italian air...*) leído en público en el majestuoso Sheldonian Theatre de la Universidad de Oxford, causara tal impacto al jurado que le concedió el reputado Newdigate

Prize; y que, además, en 1878 obtuviera el grado de Bachellor in Arts (equivalente a nuestra Licenciatura en Filosofía y Letras) con las calificaciones más altas. Tenía 24 años y desde hacía tiempo sabía que sólo podía ser escritor.

Tras licenciarse, Wilde marchó a Londres, viviendo con su amigo Frank Miles, pintor de prestigio entre la «alta sociedad». En la ciudad del Támesis, escribió en 1880 el drama *Vera, o los nihilistas*, obra que debió guardar en el cajón, pero a principios de 1881 publicó, a sus expensas, su primer libro: *Poems*, que si no le dio fama, al menos sí sirvió para darse a conocer. Así, pocos meses más tarde salía la segunda edición ya producida por David Bogue.

A finales de ese año fue contratado por el empresario inglés Richard D'Oyly Carte para dar 50 conferencias en EEUU sobre el «esteticismo» en la literatura y recorrió ese país desde Nueva York a San Francisco y desde Colorado hasta Alabama. En una nación que empezaba a cicatrizar las heridas de su Guerra Civil (1861-1865) tuvo críticas muy dispares, la mayoría de las hostiles basadas más en su indumentaria de joven dandy y su actitud amanerada y provocadora que en la calidad de sus textos. Pero, las conferencias, bien preparadas, sobre temas tan distintos como *Las artes decorativas*, *El renacimiento del arte británico* o *Poetas y poesía en el siglo XIX* (en la que definió a Edgar Allan Poe¹, 1809-1849, como el mayor poeta del siglo), todas plenas de ingenio y ante auditorios muy diferentes, se convirtieron en 150, los cuatro meses previstos inicialmente se transformaron en casi un año y las admiradoras surgieron por centenares. Un ejemplo de los asuntos que seleccionó y los públicos ante los que habló fueron los trabajadores de una mina de plata en Leadville, Colorado. Trató el tema de la vida y la obra de Benvenuto Cellini (1500-1571), autor clásico de esculturas en oro y plata. Siempre recordó la anécdota que surgió cuando un minero le increpó por no haber llevado a Cellini con él; y cuando le contestó con humor que había muerto hacía tiempo, el minero le preguntó: «¿Quién le disparó?»

En EEUU conoció a los poetas Walt Whitman (que al parecer le «tiró los tejos»), Oliver Wendell Holmes² y Henry Longfellow, además de la sobrina de su admirado John Keats, y soportó la crítica acerba de Henry James.

Regresó a Europa y en enero de 1883 visitó París, donde escribió la tragedia *La duquesa de Padua*, además de artículos sobre arte y críticas de libros para el vespertino londinense *The Pall Mall Gazette*. En la Ciudad Luz trató a Víctor Hugo, Emilio Zola, Paul Verlaine, Alfonso Daudet, Guy de Maupassant³ y Edgar Degas... y fundió hasta el último de los seis mil dólares que había percibido por sus conferencias en América.

¹ Prieto S. Beber, soñar... tal vez morir. Vida y obra de Edgar Allan Poe. *Dendra Médica. Rev Human.* 2009;8(2):147-162.

² Prieto S. Oliver Wendell Holmes (1809-1894). Estetoscopio y Letras. *Ars Medica. Rev Human.* 2006;5(1):133-140.

³ Redacción. Guy de Maupassant (1850-1893). *Dendra Médica. Rev Human.* 2010;9(1):83-87.

De vuelta a Londres cortejó a Constante Lloyd, mujer cultivada e hija de un consejero de la reina Victoria, amigo de sus padres en Dublín, que no puso reparos a la relación. Tras un breve noviazgo contrajeron matrimonio en la anglicana St James Church en mayo de 1884. De esa unión nacieron dos varones: Cyril, en 1885, y Vyvian, al año siguiente. Pero, cuando Constance se hallaba en estado avanzado de la segunda gestación, Wilde, 32 años, inició su «amistad» con Robert Baldwin Ross, joven homosexual de buena familia, futuro periodista y crítico literario, con el que siempre mantendría relación y que más tarde sería su albacea literario. Constance prefirió mirar para otro lado.

Wilde publicó en 1887 el relato largo *El fantasma de Canterville*, una pequeña obra maestra, en *The Court and Society Review*, y si ya era conocido por sus artículos en *The Pall Mall Gazette*, el director de la recién nacida revista *The Woman's World*, le ofreció incorporarse a la redacción en la primavera de 1887. Aceptó la oferta y, además de cambiar la cabecera por *The Lady's World*, reorientó el sentido de la publicación hacia un público femenino preocupado no sólo por trapos y perfumes, sino por la cultura y el mundo en que vivía. Así, logró que en aquellas páginas escribieran, por ejemplo, la actriz Sara Bernhard y la afamada novelista María Corelli, e incluso llegó a proponer a la reina Victoria (1819-1901) que publicara allí sus poemas. No sorprende que en octubre fuera nombrado director de la revista, pero que, necesitado de tiempo para su propia obra, renunciara en el otoño de 1889. En 1888 sólo publicó el libro de relatos *El príncipe feliz y otros cuentos*, que incluía, además del relato que da título al libro, los magistrales *El ruiseñor y la rosa* y *El amigo leal*.

Gracias a esa decisión pudo publicar entonces tres ensayos: *La decadencia de la mentira*, *El espíritu del hombre bajo el socialismo* y *El crítico como artista*, en el que sostenía la tesis de que «la crítica es una forma de creación... y el crítico debe poseer un temperamento exquisitamente sensible a la belleza».

Además, en julio de 1890 salía a la luz en *Lippincott's Monthly Magazine*, la única novela que escribió y, probablemente, por la que pasaría a la Historia de la Literatura: *El retrato de Dorian Gray*. Una obra que provocó un gran revuelo tanto en EEUU como en Inglaterra por «inmoral» y en cuyo prefacio definía su ideario estético: «El artista es el que crea cosas bellas. El fin del arte es dar a conocer el arte y ocultar al artista... Hay elegidos para quienes las cosas hermosas significan únicamente belleza... Todo arte es perfectamente inútil». Una obra en la que desarrollaba la idea de un hombre que vendía su alma por mantenerse joven y bello mientras seguía una vida disipada, a la par que su rostro en un retrato al óleo se iba haciendo cada vez más viejo y repulsivo, y que le dio toda la fama que podía imaginar.

En 1891 publicaba el libro de historias cortas *El crimen de Lord Arthur Savile y otras historias* y escribía *El abanico de Lady Windermere*, comedia dramática en cuatro actos que inauguró la temporada en el St James's Theatre en febrero de 1892 con enorme éxito. En abril del año siguiente estrenaba, también con el aplauso de

crítica y público, *Una mujer sin importancia* y publicaba en papel el drama en un acto: *Salomé*. Éste era una versión libérrima del pasaje del Nuevo Testamento, prohibida para el teatro por la censura (la decapitación de San Juan Bautista se debía a la venganza de Salomé por haberla rechazado) y que esperó varios años para ser estrenada en París con Sara Bernhardt como protagonista.

En 1893 inició su patológica relación con Lord Alfred Douglas, 22 años, joven caprichoso, aficionado a los juegos de azar y con más de un rasgo psicopático, a quien conocía desde su paso por Oxford y que a la postre causaría su perdición en todos los sentidos. El «delicado» mozo era hijo de John Solto, marqués de Queensberry, aristócrata que había perdido a su primogénito y que veía cómo su linaje no se iba a perpetuar a través de Alfred. El odio entre padre e hijo era manifiesto.

La publicidad de tal relación hizo que Constance pusiera punto y final a la convivencia con Wilde y, sin llegar a divorciarse, se marchó con sus hijos a Suiza.

La tempestuosa relación que mantuvieron Wilde y Douglas fue una mezcla de dandismo, exhibicionismo, parasitismo (con el escritor en el papel de parasitado) y un punto de sadomasoquismo (con frecuencia el joven menospreciaba en público al escritor). No sorprende que el padre del mozo criticara tal relación y amenazara epistolar y públicamente a ambos.

Wilde se concentró en la escritura y en enero de 1895 estrenaba en Londres *Un marido ideal*, crítica iconoclasta de la clase política y la alta sociedad victoriana, y *La importancia de llamarse Ernesto*, una sátira de la hipocresía y los convencionalismos sociales de la época. Ambas obras tuvieron el mismo éxito que las anteriores, pero su vida personal iba a dar un vuelco inesperado.

El carácter agresivo del marqués de Queensberry le llevó a entregar en mano a un ordenanza del club al que pertenecía Wilde, una carta en cuyo sobre se leía: «Para Óscar Wilde en el papel de sodomita». La ofensa era pública y el escritor, poco antes de marcharse con Alfred a hacer un viaje por Francia y el Casino de Montecarlo, denunció a Queensberry por difamación. Su querrela fue contestada con otra por el padre del joven. Regresó a principios de abril de 1895, una semana antes del juicio y algunos amigos, entre ellos George Bernard Shaw, viendo el jardín en que se había metido, le aconsejaron que retirara la denuncia. No hizo caso y, en medio de una enorme y morbosa expectación, la primera vista pública se celebró en la Central Criminal Court, en el centro de Londres.

El defensor del padre no sólo hizo aflorar el tipo de relación que había entre Wilde y Alfred Douglas, sino que también utilizó frases de *El retrato de Dorian Gray* en las que latía la homosexualidad y apuntó pruebas de la promiscuidad de Wilde con adolescentes. El juez declaró inocente a Queensberry. Recordemos que era plena época victoriana y que precisamente en abril de 1895 había entrado en vigor la Labouchere Amendment, que calificaba como criminal a quien cometiera «un acto de flagrante indecencia», y el juicio posterior, ya con Wilde como acusado, se celebró una semana más tarde. Las declaraciones en su contra fueron consideradas

inicialmente «no concluyentes» por el tribunal, pero en un segundo acto celebrado a finales de mayo, fue declarado culpable de «indecencia y comportamiento homosexual» y condenado a dos años de cárcel.

Su nombre desapareció de los carteles que anunciaban sus obras teatrales y sus objetos personales, incluidos sus libros, fueron subastados para pagar los gastos del proceso. Debía dedicar 150 libras al año para el mantenimiento de su mujer y sus hijos y no tenía con qué. Estaba arruinado.

En mayo de 1895 ingresó en la prisión de Pentonville, de la que pasó a la de Wandsworth y, por último, a la de Reading, nombre que siempre será recordado por el último texto que escribió. La humillación, la dureza del trabajo, la suciedad, la escasa y mala comida, las frecuentes enteritis en celdas sin letrina, la privación de libertad y de cualquier libro durante más de un año, fueron una tortura física y moral.

Mientras estaba en prisión supo que su madre fallecía en 1896 («su muerte fue terrible para mí; pero yo, que una vez fui un maestro del lenguaje, no tengo palabras para expresar mi angustia y mi vergüenza», escribió) y que su drama *Salomé* había sido estrenado con éxito en el Théâtre de l'Oeuvre, en París, con la gran Sara Bernhardt como protagonista.

Pero su espíritu ya estaba quebrado. Aun así, ya en su último penal, afectado por la historia del soldado Charles Thomas Wooldridge, compañero de celda y condenado a la horca por haber degollado por celos a su mujer, cuando le permitieron disponer de papel y lápiz escribió su magno poema *Balada de la cárcel de Reading por el prisionero C.33 (O.W.)*, obra maestra desde el primer verso: *Ya no llevaba la guerrera roja...*, hasta la última estrofa: *¡Todos los hombres matan lo que aman!/ -oigan esto todos-/ unos lo hacen con amarga mirada,/ otros con dulces palabras;/ el cobarde asesina con un beso/ ¡y el hombre de valor con una espada!*

Entre enero y marzo de 1897, también en Reading, poco antes de recobrar la libertad, escribió una larga epístola de casi setenta páginas dirigida a Alfred Douglas. Una carta que tituló *In Carcere et Vinculis*, dividida en dos partes. Una primera, en la que repasaba el tiempo que habían convivido, y una segunda que es un monólogo sentimental, lírico, casi místico, en el que llegaba a identificarse con Cristo y su martirio. La hizo llegar a su amigo Robert Ross con la indicación de que hiciera dos copias, una para él y otra para Alfred, pero no para su publicación. Robert cumplió en parte con el encargo, ya que, si bien hizo las copias y lo que se le había indicado, muerto Wilde y convertido en su albacea, en 1905 publicó el texto con el título *De Profundis*, con el que es conocido.

Salió de Reading el 19 de mayo de 1897. Le esperaba Robert Ross. Partió para Berneval, Alta Normandía, y de allí a París. Se hospedó en el Hôtel Marsolier con el nombre de Sebastián Melmoth (quizá en recuerdo del mártir asaetado y en honor al protagonista de la novela *Melmoth el errante*, un intelectual condenado a vagar por el mundo tras vender su alma al diablo por disponer de 150 años más de vida, del francés Charles Maturin).

No tenía un ochavo y vivía gracias a la ayuda de amigos y admiradores de su obra. Así, a principios de 1900 pudo viajar a Roma y Palermo, para volver a París y hospedarse en el Hôtel d'Alsace, cuyo dueño pagó las deudas que había dejado en el Marsolier. Comía poco y cada día bebía una botella de coñac Curvoiser a costa del hotel. Ya no escribía. Le faltaba el ánimo. Mataba el tiempo en su cuarto o vagando por las calles de París. Aún pasó por otra humillación, cuando se encontró en un café con Alfred Douglas. Éste acababa de heredar una fortuna al morir su padre y cuando Wilde le pidió ayuda económica, le contestó con desprecio: «No me puedo permitir gastar nada en nadie, excepto en mí».

Óscar Wilde murió a los 46 años, al parecer por una meningoencefalitis, el 30 de noviembre de 1900 en su pequeña habitación del Hôtel d'Alsace. Su amigo leal Robert Ross organizó el sepelio. Sus restos fueron enterrados en el cementerio de Bagneux, y en 1909 fueron trasladados al de Père Lachaise, en cuya calle Carette descansan. Como curiosidad, recordemos que su tumba hubo de ser protegida hace algunos años con una gran mampara de cristal porque la piedra se degradaba por el carmín de los labios de sus innumerables admiradoras.

Y, tal vez, a sus muchos lectores les guste imaginar que cuando, desnudo y sin equipaje, llegara a la otra orilla del río de la vida y el guardián le preguntara si tenía algo que declarar, hiciera acopio de sus últimas energías y con una media sonrisa respondiera lo mismo que cuando con 27 años llegaba a la aduana del puerto de Nueva York: «Nada... excepto mi talento».